

<http://www.ahora.cu/secciones/opinion/16511-la-guillotina-del-preuniversitario>

Periódico Ahora, Holguín

La "guillotina" del preuniversitario

Por **Dailene Dovale de la Cruz**

Miércoles, 25 Febrero 2015 11:47

En la vida de todo ser humano hay un hecho que lo marca. Para muchos es graduarse del nivel superior; para otros, obtener un ascenso laboral, viajar al exterior, tener hijos o encontrar al amor de su vida. Puedo afirmar, sin miedo a equivocarme, que las pruebas de ingreso cambiaron mi existencia.

¿Quién puede olvidar las horas de estudio, el nerviosismo constante y el miedo al fracaso? Cuando veo a los muchachos conversar, aclarar dudas, formar un debate sobre el último ejercicio de Matemática o las reglas ortográficas en Español, evoco, sin querer, la sala de mi casa llena de libros y estudiantes al borde de un ataque de pánico; o las visitas a mi amigo Raúl (un talento en las ciencias) para que me aclarara de 20 a 30 "duditas matemáticas".

Durante ese año, el aula se dividió en dos bandos: los que sus días fueron un ir y venir entre la escuela y los repasos -colectivos o individuales-, y aquellos que vacacionaron. Algunos profesores parecían verdugos o profetas, en dependencia del tono empleado; anunciaban en las reuniones de padres los condenados a desaprobar en los exámenes, por su falta de asistencia o preocupación. Y qué decir de las "bolas" que rodaban anunciando los ejercicios más "probables", la persecución a las guías de entrenamiento recientes o las clases televisivas, que en media hora aspiraban a iluminar al estudiante en todo un contenido.

En esos días el texto de Historia -fiel amigo y libro de cabecera- llevó a las obras literarias a un segundo plano. Las visitas fueron cronometradas, las conversaciones monotemáticas y las ojeras permanentes. El amor por el té de tilo llegó a mí en aquella etapa, ante la necesidad de un buen sedante, para calmarme y afrontar la Geometría del Espacio, donde yo, como su nombre, andaba volando. Y en el aire también estaba mi sueño de obtener Periodismo. Meta, a mis ojos, inalcanzable y lejana. Cualquiera calificaba como psicólogo, para decirme el tan trillado "vas a salir bien", frase que nadie cree, pero todo el mundo dice.

En el preludio, los repasos cambiaron de tono, la seriedad reinó hasta en el más vivaracho y los finalistas sacaron todas sus armas. Sabíamos la repercusión que en nuestras vidas tendrían esas pruebas. En el primer round llegó Matemática; con cuidado me enfrenté a sus teoremas y cálculos. En el

segundo salió Español, llena de detalles; y finalicé con Historia, donde la indecisión me hizo ser la última en entregar de todo el preuniversitario.

Como en los reality show, las emociones fuertes (además de las lágrimas y abrazos) llegaron en el último capítulo: cuando publicaron las notas y entregaron las carreras. Para algunos significó alegría; otros, sin embargo, vieron la cara triste de la moneda. En ellos pudo más el finalismo o el nerviosismo que el estudio sistemático. Luego de las pruebas, llegó el periodo de shock, donde todos me felicitaban y no me creía nada. Apariciones de ejercicios imposibles inundaban mis sueños y mi cuerpo; después de meses de costumbre, seguía levantándome antes de las seis de la mañana. Estaba exhausta, pero feliz. Había alcanzado mi meta.

Tras un tiempo en “rehabilitación”, me visitó un amigo, ahora en doce grado. Emanaba terror, sus manos sudaban y hablaba como si le esperara la muerte en el examen. Le di mis guías de estudio y mis mejores consejos. Le expliqué la importancia de la calma (la intranquilidad provoca descuidos) y de seguir un horario que incluya el tiempo de descanso y recreación.

Si como él estás en esa etapa, no te preocupes, “vas a salir bien” y, si estudias con conciencia, sobrevivirás a la guillotina del preuniversitario.